

Katherine HITE, *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*, Santiago de Chile: Ed. Mandrágora (Colección La Plaza Mayor), 2013, 187 págs.

Los lugares de memoria son el resultado de procesos múltiples y el producto de diversas tensiones y acuerdos entre actores intervinientes, no se encuentran prístinos en su lugar de emplazamiento. La construcción de lugares de memoria puede pensarse como la articulación entre el pasado y el presente, en permanente movimiento, incapaz de petrificarse y cristalizar su sentido y su poder comunicador. Esta complejidad nos habla de la trascendencia de las intenciones primeras sobre las que estos lugares se construyen y permiten problematizar los contextos de emergencia de una determinada política de memoria. Al mismo tiempo, los lugares de conmemoración funcionan como soportes y anclajes materiales de las prácticas memoriales, en ellos se articulan problemáticamente las diversas tramas que los constituyen.

En *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*, la autora Katherine Hite¹, traza un interesante recorrido por cuatro memoriales con el fin de cuestionar las meras materialidades e introducirnos en la reflexión acerca de la construcción de las múltiples representaciones como elementos fundamentales en la construcción de los memoriales y de las prácticas conmemorativas habilitadas por estos sitios en un proceso dialéctico. Al mismo tiempo analiza los factores políticos que inciden en la conmemoración, pensado ese proceso como una lente que permite problematizar de manera particular los modos y mecanismos que los sujetos sociales construyen para otorgar un significado a las memorias políticas violentas, a las luchas, las pérdidas y los silencios o borramientos de un pasado complejo que irrumpe en el presente volviendo a resignificarlo. Como sostiene Ricardo Brodsky en la presentación de este libro

“se trata, naturalmente, de problemas (...) con opciones políticas frente a temas tales como la verdad, la justicia, la memoria, la victimización, la impunidad y la reconciliación. También, se trata de la relación posible entre arte y derechos

¹ Katherine Hite es Magister en Asuntos Internacionales y doctora en Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia. Se desempeñó como directora asociada del Instituto de Estudios Latinoamericanos e Ibérica de Columbia, donde también enseñó cursos en estudios latinoamericanos y política comparada. A partir de diciembre de 2008 dirigió un programa latinoamericano y latino de Vassar / Estudios. El trabajo reciente de Hite se centra en las políticas de la memoria, los monumentos, los derechos humanos, los movimientos sociales y la violencia política, así como también, los problemas de la educación superior, el acceso y la equidad. Su investigación fue apoyada por la Fundación Fulbright, el Social Science Research Council y la Fundación Ford. (<http://politicalscience.vassar.edu/bios/kahite.html>).

humanos o, mejor dicho, de la capacidad de éste de representar los conflictos y en particular las dolorosas experiencias de muerte y desaparición forzada de personas, que han golpeado tan duramente a nuestra región” (pág. 13).

En otras palabras, Katherine Hite, a través del concepto de empatía, a través de reflexionar sobre la pena y los pesares de las víctimas y familiares de las víctimas de los procesos de violencia traumáticos en los cuatro casos seleccionados, plantea interrogantes acerca de las posibilidades de movilización política. Las acciones políticas en los lugares de conmemoración se articulan con las prácticas memoriales y se entroncan, fundamentalmente, con la idea de que la memoria es constitutiva del ser humano y de cómo, a partir de ella, somos capaces de interpretar e interpelar el presente.

Teniendo en cuenta las modalidades conmemorativas adoptadas en los distintos memoriales podemos pensar en cómo los contextos históricos, culturales y políticos de cada país inciden en la concreción de estos proyectos y les otorga características particulares. A partir de su instalación, los memoriales permiten visibilizar una denuncia de esos procesos del pasado, de las memorias políticas violentas y de las pérdidas de los seres queridos, posibilitan construir ciertos procesos de ritualización del recuerdo y multiplicar los sentidos conmemorativos distanciados de los impuestos por los monumentos tradicionales.

Katherine Hite organiza este recorrido a través de los capítulos del libro; su lectura se configura como un itinerario no casual por el cual podemos adentrarnos en las lógicas de cuatro lugares de memoria e intervenciones artísticas: el Valle de los Caídos en España (Cap. 2), El Ojo que llora en Lima, Perú (Cap. 3), el Memorial del Dolor en Paine, Chile (Cap. 4) y Las Bicis de Fernando Traverso, en Rosario, Argentina (Cap. 5). En este libro, los casos abordados permiten conectar, a partir del arte de la conmemoración, los cruces entre las memorias individuales en el marco de un proceso colectivo amplio que involucra múltiples niveles de análisis con las construcciones materiales, los soportes conmemorativos de la memoria.

La autora va reconstruyendo sentidos yuxtapuestos a partir del análisis de estos memoriales como si reuniera piezas que luego va engarzando y dan forma a *un posible relato memorial*. En él los diversos actores participantes, las formas de representación y el contexto de producción marcan las claves para acceder a variadas interpretaciones. Podemos, a través de ese recorrido pensar en cómo las subjetividades y las memorias individuales se tornan un proceso colectivo en franca articulación con los reclamos de justicia y con los requerimientos pedagógicos y

educativos presentes en los objetivos de las construcciones memoriales como elementos materiales que permiten y posibilitan la transmisión intergeneracional.

El análisis de los casos transita ese camino sinuoso, de idas y vueltas, de itinerarios zigzagueantes. La intención de trascender el sentido único de las intervenciones artísticas establece la necesidad de pensar a los memoriales no como imágenes con un anverso y reverso, sino como procesos multidireccionales y multiformes; con ellos se activan (muchas veces conflictivamente) miradas diversas y apropiaciones simbólicas particulares resultados de *la captación subjetiva* de quien visita, recorre o se enfrenta a estas instalaciones, como lo especifica Rancière² y como lo plantea Katherine Hite al tratar de asir las experiencias traumáticas de las víctimas en términos de lucha contra el olvido y en el intento de superar la banalización de lo ocurrido, así como también la posibilidad (¿o imposibilidad?) de captar las esquivas experiencias de los visitantes en términos de las motivaciones, objetivos, pareceres y movilizaciones personales que resultan de transitar por los memoriales.

En el capítulo 1 “Memoriales para la lucha política” la autora plantea como puntapié inicial la idea de pensar a la memoria como base *de lo que somos y de cómo interpretamos el presente*, esta memoria constituye y alimenta las prácticas conmemorativas. Al mismo tiempo, Hite analiza los factores políticos que inciden en la conmemoración y problematiza los procesos de empatía, la elaboración de la pena y la movilización política. En la selección de los casos vemos la intención de mostrar las características singulares y las diversas posibilidades de

“sacar a la luz las subjetividades políticas y sociales de los protagonistas de cada memorial, sus representaciones conmemorativas e intereses conceptuales, que en conjunto nos proporcionan una valiosísima información sobre el poder y la potencialidad de la política de la conmemoración” (pág. 19).

Esa potencialidad transformadora permite problematizar la categoría de monumento y pensarlos no como artefactos y mecanismos de clausura de sentidos levantados por los Estados³ sino, por el contrario, como imágenes complejas y cambiantes que dejan entrever reapropiaciones simbólicas singulares. En ese sentido, la autora indaga la potencia de la distinción entre monumento y contra-monumento para establecer marcos interpretativos que permitan reflexionar sobre los dilemas y

² Jacques RANCIÈRE, *El espectador emancipado*, Buenos Aires: Ed Manantial, 2010.

³ Pierre NORA, “La aventura de Les Lieux de mémoire” en: J. Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e Historia*, Madrid: Marcial Pons, 1998, págs. 17-34.

controversias que giran en torno a los *monumentos conmemorativos*, y a los difusos *límites de la representación*⁴, sobre todo si tenemos en cuenta que

“las memorias son prácticas sociales vividas, en curso, que nunca dejan de moverse. Este libro, pretende (...) indagar en las representaciones de la memoria, considerándolas lentes que nos permiten observar la profundidad política de la lucha y el conflicto, y también sugerentes escenarios en los que imaginar la paraxis democrática” (pág. 43).

Estas categorías presentadas servirán de prisma para indagar cada caso y para contraponer, de alguna manera, los sentidos que hacen a cada uno de ellos. Por un lado, el sentido tradicional de los monumentos y el uso estatal de los mismos a partir de intentar homogeneizar los sentidos históricos, de plantear una imagen *de unidad y paz* como así también de establecer los parámetros de lo heroico, los cánones de lo victorioso y la proyección de los símbolos nacionales. Por otro lado, como proceso de memorialización asistimos a la emergencia de iniciativas de la sociedad civil que en conflicto, tensión o articulación –en mayor o menor medida– con el estado insisten en construir sus propios memoriales en los sitios donde se produjeron episodios de violencia.

En este sentido, el trabajo memorial articula las pérdidas traumáticas (sentidos del trauma, la pena y el duelo), los clivajes políticos (luchas políticas, enfrentamientos armados, reclamos de justicia) y los cruces culturales (el sentido de comunidad, duelo y experiencia compartida, la construcción de una memoria colectiva con sentido político de acción). En suma, lo que se plantea es detenernos a pensar en las formas *previstas e imprevistas* que asumen los memoriales, múltiples en tanto dispositivos catárticos y capacitantes, en tanto soportes materiales que permiten visibilizar conflictos o tornarse catalizadores de diálogo, promotores de lazos de solidaridad e impulsores de la acción política. Es decir que la conmemoración como práctica social puede ser una práctica transformadora.

En el capítulo 2 “Un monumento para el relato imperial español” se analiza un proyecto estatal, nacional y *monumental*, en el sentido más literal del término, acometido por el general Francisco Franco después de la Guerra Civil española: El Valle de los Caídos. Hite intenta indagar en los múltiples significados de este espacio. En primer lugar, como monumento, como lugar de memoria y como punto de partida para los debates que en la actualidad se registran en España sobre el pasado

⁴ Saul FRIEDLANDER (comp.), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

y sobre si hay que recordarlo o reprimirlo. En segundo lugar, realiza “un análisis de las manifestaciones artísticas que rodean la cúpula de la cripta en el marco de los debates y las tensiones actuales en torno al imperio y sus mitos fundacionales, el colonialismo y la inmigración” (pág. 46).

El análisis sobre este monumento-memorial gira en torno a la idea de que hasta este tipo de monumentalidades corre riesgos; se enfrenta con lo inevitable de la resignificación inherente al paso del tiempo. Más allá de su intención primera de tipo estratégico política, tal como plantea Hite, de fundir en un monumento siglos de conflictos y tensiones políticas, religiosas, culturales, regionales e imperiales para devolver a la mirada y a la interpretación un cierre de la historia con forma monumental, tarde o temprano ocurre que los *silencios se resquebrajan* y las borraduras reaparecen.

En la actualidad, los debates en torno a este memorial reflejan los modos en que se problematizan los trabajos memoriales en España, las indagaciones sobre las multidimensionalidades de la memoria anclada a un sitio y a un pasado complejo (en este caso de largo alcance tanto en términos temporales como en términos de escalas espaciales), aparecen hoy como una necesidad de los trabajos intelectuales que intentan reflexionar en torno a estos procesos. Como señala Hite “todos los monumentos son susceptibles de interpretación y sus significados cambian cuando lo hacen las épocas políticas y las apropiaciones sociales” (pág. 67).

En el capítulo 3 “El ojo que llora: Víctimas, victimarios y el problema de la empatía” se analiza un fragmentado proceso de conmemoración llevado a cabo en Lima, Perú, partiendo de una obra abstracta que recrea la imagen de la Pachamama como señal de duelo por la violencia (en un sentido amplio, más allá de periodos temporales concretos). En el análisis, surge como interesante el contrapunto con el *Valle de los Caídos* en el sentido estético de la instalación, los debates que han generado acerca de cómo entender y representar en la actualidad pasados dolorosos, violentos y traumáticos, así como también sobre el alcance narrativo de larga duración –siglos– en la construcción simbólica del memorial.

Hite se detiene en un tema complejo de abordar y fundamental que hace a las características de la instalación memorial: cómo comprender y representar a las víctimas y a los victimarios. La reacción de la sociedad peruana ante la representación de *determinados muertos* (integrantes de Sendero Luminoso) en el monumento junto a las decenas de miles representados como víctimas evidenció los conflictos y las tensiones políticas superpuestas en el escenario de la conmemoración. Por

otro lado, la autora aborda los múltiples sentidos (identificación, evocación, rechazo) que adquiere el memorial más allá de las intenciones de la artista y de cómo fue pensada la representación del trauma.

Como punto interesante para pensar en los procesos memoriales y los conflictos que subyacen, a veces de manera solapada y otras con un cariz más evidente, la autora plantea el reconocimiento de la violencia concreta que permea a las comunidades indígenas de la región peruana de Ayacucho incidiendo en la elaboración de una *memoria tóxica* sustentada en la incapacidad o imposibilidad de esas comunidades de narrar y dar testimonio sobre determinados acontecimientos de violencia en un contexto de justicia social inexistente. Como respuesta a este proceso, Hite señala la *empatía política* como mecanismo de comprensión del enemigo y puntapié inicial para la construcción de un camino de justicia y reparación para las víctimas de la violencia estatal y paraestatal, poniéndose en tensión los símbolos y representaciones del trauma junto con la idea de *tiempo traumático*⁵ que opera como articulador entre pasado, presente y futuro de manera no lineal ni homogénea, planteándose la yuxtaposición de temporalidades vividas.

Finalmente, la genealogía de las víctimas en la representación de la artista Lika Mutal -trazada como un laberinto de senderos realizado con piedras pulidas por el mar en las cuales se aprecian los nombres, edades y años de fallecimiento o de desaparición de las víctimas- fue cuestionada y tildada de homenaje a los terroristas, idea diametralmente alejada a sus intenciones iniciales de movilizar los sentidos y el reparto de lo sensible hacia el fomento de la reflexión respecto de las memorias dolorosas sobre las violencias políticas.

Este punto sobre la resignificación de los sentidos puede leerse transversalmente en todos los memoriales trabajados en el libro. Cuando las obras/las instalaciones que conforman los memoriales son abiertos al público, cuando son ingresados y circulan como relatos o narrativas simbólicas en la esfera de lo público el memorial adquiere una dimensión que no puede controlar, que se le escapa. Como bien señala la autora, “los memoriales pueden suscitar una enorme gama de reacciones, que van desde la identificación íntima y privada (...) hasta una respuesta evocadora, contemplativa” (pág. 85).

En el capítulo 4 “La búsqueda y la transmisión intergeneracional del dolor en Paine, Chile” la autora trata de indagar en el carácter intergeneracional y popular en la construcción del memorial que surge como iniciativa del hallazgo y la recu-

⁵ Jenny EDKINS, *Trauma and Memory of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

peración de restos óseos de nueve desaparecidos de la localidad chilena de Paine. Creado por la comunidad, en él se plasma una yuxtaposición de múltiples símbolos del recuerdo en donde se hace visible un entramado político e histórico que aúna tres generaciones. Cobra un sentido relevante la *identidad de los restos*, la inspiración política, la lucha de otras generaciones que se resignifican ante la lectura del pasado en el presente y la participación colectiva.

En la conjugación de los postes de pino y los *vacíos* (que representan a los detenidos, desaparecidos y ejecutados de Paine, en su mayoría obreros agrícolas que lucharon por la redistribución de la tierra en el marco de una reforma agraria) se construye la expresión del duelo y la presencia de una *memoria viva* en la que insiste la tercera generación; los nietos quienes elaboran una *posmemoria* logran trascender *la dolorosa herida de la ausencia* y en su lucha logran recuperar y reapropiarse de una historia y un pasado teñido de pérdidas y duelos resignificando las memorias familiares, proceso que adquiere relevancia y cobra sentido en la comunidad, al mismo tiempo que produce interesantes efectos conmemorativos y políticos.

En ese hacer, las víctimas conjugan la necesidad de otorgar un nuevo sentido a la pérdida de sus familiares y de repensar el tránsito por la pena, el trauma y el miedo instalado por las burocracias y por los descabellados equívocos acerca de la identificación de los restos de las víctimas. Ante el desconocimiento, el vacío, los errores: la imposibilidad del duelo. Sólo a partir del año 1989 la confirmación por parte del gobierno sobre la identidad de los restos de las víctimas de Paine permitió las acciones de un renovado reclamo por verdad y justicia. En este punto, se abre la posibilidad de una nueva búsqueda, esta vez por parte de los nietos quienes intentan reconstruir de a retazos y mediante relatos fragmentarios sus historias familiares. A partir de esa necesidad cuestionan los silencios, aportan nuevas perspectivas e ideas. De esta manera el abordaje de los procesos memoriales tienden a redefinir el foco de indagación ya no solamente centrado en la generación de los asesinados, sino que se amplía al incorporar a la generación de los descendientes, a las problemáticas actuales de violencia.

La transmisión intergeneracional, en el caso de este memorial adquiere un rol protagónico pues materializa, a través de sus mosaicos, la construcción de los recuerdos sobre los desaparecidos, abuelos que esos nietos nunca conocieron. Es decir, no sólo se produce una práctica conmemorativa y de homenaje, sino que hay

algo del orden de la restitución de esos sujetos sociales; la memoria individual tiende puentes hacia la construcción de la memoria colectiva.

En el capítulo 5 “Globalidad artística y fabricación de la memoria: Las bicis de Fernando Traverso” se muestra que la imagen de una bicicleta funciona como disparador, que surgió como homenaje a los desaparecidos de la ciudad argentina de Rosario, pero desde entonces ha recorrido el mundo cobrando distintos significados conmemorativos.

Esta forma de intervenir en el espacio urbano se configura como un contramonumento que insta a la contemplación y la participación del observador. La autora recupera el concepto de *monumento negativo* de Horst Hoheisel quien plantea la dinámica, la interacción y participación de quienes contemplan el memorial. En palabras del propio artista en una entrevista realizada en 2004 se pone en relieve la presencia de las siluetas de las bicicletas como soportes de una personificación virtual que emerge en las paredes de la ciudad

“(las bicis) estaban en el límite de lo corpóreo y lo intangible, iban abriendo el sentido de diferentes historias e interrogantes para cada uno de aquellos que las veían. Pude así confirmar que su irrupción producía una modificación significativa en el paisaje cotidiano que invitaba a que quien las veía se preguntara por el origen y la razón de esa presencia enigmática: ¿quién dejó allí esa bicicleta?, ¿quién es o era su dueño?, ¿quién interrumpió su marcha?, ¿a quién espera allí detenida?” (pág. 148).

A partir del caso del memorial de las *bicis de Traverso* se puntúan en el capítulo las relaciones entre la *culpa* y la *traición de los supervivientes*, el peso por sobrellevar ese doble castigo, la elaboración del dolor y la politización de la figura del desaparecido; se realiza una descripción de los procesos memoriales en Argentina a partir de la complicidad de civiles con la represión estatal y diversos conflictos conmemorativos acerca de qué recordar, mediante qué mecanismos y cómo han impactado esas decisiones políticas de la memoria en la sociedad y en la construcción de sitios conmemorativos y las discrepancias en torno a ellos; como el caso de la ex ESMA y el Parque de la Memoria. La visibilidad y la complejidad de los debates en torno a los procesos memoriales en general y a la construcción de los lugares de memoria en particular ponen en discusión los alcances de las instituciones que construyen memorias y dan el marco para su representación en el caso argentino, la senda sinuosa trabajada por Hite habla a las claras de tensiones y conflictos sin

resolver que siguen permeando e incidiendo en las políticas de la memoria de ese país.

La articulación entre política y memoria le permite a Hite ingresar al ámbito de los debates en torno a experiencias en distintos contextos; pero, al mismo tiempo, le abre la puerta de entrada a las relaciones entre lo artístico y lo político. En el caso de las *bicis*, la modalidad colectiva y global que involucra un dispositivo tecnológico mediante el cual un usuario adquiere la plantilla a través de la descarga desde un sitio web, amplía las escalas de interacción y multiplica de manera compleja los niveles análisis. Los memoriales que surgen como resultado de imprimir en el espacio urbano las *bicis* establecen y forman parte de *una red política global de participación y posibilidades*, como bien señala Hite.

En *las bicis*, como soporte de un relato memorial, como iconografía constituida, como una marca territorial de la memoria que visibiliza la figura del desaparecido y también incorpora nuevos sentidos, como el caso de Claudio Lepratti muerto en las protestas argentinas de 2001, la característica fundamental de la instalación es su pluridireccionalidad de sentidos, que “abarca significados locales y globales, pasados y presentes” (pág. 152) que involucran comunidades y grupos diversos. Así, *las bicis* trascienden las memorias de los años ‘70 y se reconfiguran a partir de nuevas necesidades de conmemoración/rememoración. Aparece, nuevamente, lo multidimensional de los sentidos y significados a los que hace referencia esa intervención urbana, las tramas se *pluridireccionan* y se *plurilocalizan* marcando la posibilidad de construir mediante el arte lo que la autora llama *memoria fronteriza* que permite poner en diálogo el pasado y el presente a partir de intercambios colectivos que involucran la figura de un espectador activo. Cabría confrontar estas ideas con los señalamientos de Zygmunt Bauman acerca de la cultura líquida y de cómo y mediante qué mecanismos se articulan y construyen los sentidos globales, en donde las identidades de los sujetos sociales se comportan y construyen de manera maleable, voluble y múltiple⁶.

Finalmente, en el “Epílogo”, los casos trabajados se convierten en mojones de un recorrido por *memorias narrativas* entendidas como construcciones sociales comunicables a otros⁷, artefactos discursivos y visuales en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido de la memoria en un tiempo actual que la autora

⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida y fragilidad humana*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

⁷ Elizabeth JELIN, *Los trabajos de la memoria*, 2ª ed., Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

logra especificar claramente. Como un cierre abierto, queda latente la pregunta acerca de la dimensión inasible de los memoriales, estos espacios vienen a mostrarnos que en ellos no hay cierre posible, nos advierten sobre la existencia de lo que se escapa. Lo que puede retornar en nuevas significaciones. Katherine Hite plantea como desafío la construcción de una memoria asociada a marcos político-culturales que generen vínculos de solidaridad y prácticas comunitarias. Pretende discutir con la idea de la mercantilización de la memoria y acercarse a los lugares de memoria como sugerentes escenarios de densidad política, espacios de lucha y conflicto, pero también de acuerdos y consensos producto de la praxis democrática.

El trabajo con los memoriales involucra un esfuerzo por lidiar con las materialidades de esa obra o instalación, pero al mismo tiempo presupone la incorporación de una lógica narrativa y simbólica que opera en la capacidad del memorial para el relato, para la transmisión, para la denuncia. Los relatos y las narrativas se complejizan, se arman y desarman *in situ* frente a la emergencia de la visita.

Los *actos de conmemoración* tienen un claro componente político del presente, en los casos analizados se entrecruzan, para la autora, las expresiones de la pena, el dolor, el duelo, pero también en cada uno se exige el hallazgo de los responsables de los crímenes cometidos. Tanto en América Latina como en España la explosión de los memoriales, los actos conmemorativos y la proliferación de los museos de memoria como centros oficiales que evocan un pasado político traumático permite problematizar la relación entre pasado/presente, las escalas local/global y las figuras de público distante/público responsable y/o comprometido; intereses que Katherine Hite intenta abordar mediante la relación compleja entre arte, política conmemorativa y lugares de memoria pensando siempre que

“[e]n todo el mundo, los memoriales se han convertido en campos de batalla en los que artistas, creadores, Estados y sociedades discuten cómo representar y evocar, o incluso conmocionar, al transeúnte para que contemple y reaccione. Quienes estudian conceptualmente los memoriales ya han comprendido que todo monumento tiene una dimensión inasible: la relativa a con qué profundidad se percibe y quién lo hace, y también saben que la apercepción de los memoriales irá cambiando con el tiempo, con cada momento político-histórico” (pág. 163).

En definitiva, las interpretaciones, las resignificaciones y las modalidades para interrogar los memoriales son parte constitutiva de nuestra perspectiva del presente, son producto y resultado de *un ahora* en continua mutación.

Silvina Fabri

fabrisilvina@gmail.com